

## Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación

### Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente Área de Desarrollo Profesional Docente

#### Cine y Formación Docente 2005

30 de mayo del 2005 en Villa Unión, La Rioja.

#### De cronotopos, panópticos y otras calamidades...

##### Por Eduardo Fuentes

###### I

Sur de la Argentina. Hace miles de años, en las profundidades de una cueva alumbrada a medias por un gran fuego central, unos hombres estampaban sus manos pintadas de rojo, de negro o de amarillo en el rugoso pizarrón de las paredes de piedra. Mientras las hembras se acurrucaban con sus crías alrededor de los leños ardientes y los ancianos molían semillas golpeándolas con pedazos de hueso, el Tiempo se disparó como una ballesta miles de años hacia el futuro. Y en la misma cueva aparecieron unos jóvenes estudiantes secundarios que andaban por el sur de nuestro país en viaje de egresados. Con pintura en aerosol escribían sus nombres en los claros de las paredes –al lado de las manos rojas, negras o amarillas. Algunos estampaban nombres de vínculos entrañables: “Cristian y Karina se aman”... en un intento de eternizar una relación en el presente que, en el mejor de los destinos, sólo les duraría toda la vida.

En ambos casos –el de los hombres prehistóricos de manos tricolores y los jóvenes estudiantes con el Futuro en aerosol- el impulso inconsciente había sido el mismo: decirle a los que vinieran después “aquí estuve yo”. También en ambos casos, se había conseguido partir en dos el cronotopos: el Espacio era el mismo pero el Tiempo se había escurrido hacia otra parte, hacia delante... o hacia atrás. Manos pintadas y aerosoles servían para afirmar –casi instintivamente- un rudimento de identidad, de diferenciación ante el Otro o ante otros grupos que vinieran después a ocupar la cueva.

Pero uno se pregunta: ¿es posible construir una representación de Identidad desde espacios comunes pero con tiempos diferentes? Para plantearlo en términos menos cavernarios que el ejemplo de la anécdota: ¿qué posibilidades tienen los jóvenes de hoy de construir su identidad en el espacio común de las geografías reales (la familia, la escuela, el trabajo o el desempleo) pero en tiempos absolutamente distintos, en cronotopos de textura virtual, de extrañamiento, de ballestas que se disparan muchas veces sin dirección?

###### II

Permítanme que vaya construyendo esta comunicación desde uno de los nuevos formatos de la Posmodernidad: desde ese territorio inestable, arbitrario y a veces caótico de la maniobra hipertextual del zapping, que supone una combinación infinita que genera permanentemente un cambio de sentido, tanto en su dirección como en su significación. Este ir y venir por cronotopos contiguos o distantes quizás sea el mejor exponente de este nuevo discurso que nos obliga al simiesco ejercicio de saltar de rama en rama tratando de construir una representación de la realidad con los pedazos que van dejando los otros o que encontramos nosotros.

Ya no nos sirven los discursos que comienzan y terminan (esos que heredamos de los mayores); nadie tiene interés en los textos lineales, en la decodificación binaria del mundo: hombre-mujer, blanco-negro, cielo-infierno, noche-día. Queremos armar nuestro propio discurso con los retazos que recortamos de los distintos tejidos audiovisuales, orales y

—más importantes aún— con estallidos, disensos, sustituciones y abandonos de los antiguos discursos de la filosofía, de la ética, de la estética y hasta de la religión.

Por ello, desde la caverna de los *phitecantropus erectus* y los estudiantes secundarios, vamos a practicar nuestro primer zapping para ubicarnos en algunos hechos que modifican el mundo. Hechos que hacen estallar viejos esquemas cronotópicos y producen lo que Giddens llama el “desanclaje” (disembedding): la modernidad, en un proceso que aún hoy continúa, ha desarraigado la actividad y la relación social de los contextos de la experiencia espacio-temporal inmediata y de la interacción personal, cara a cara, para reconstruir acciones en ámbitos distanciados, no presenciales, o como hoy suele decirse, virtuales. El tiempo de los relojes y la construcción de una rejilla global de zonas horarias medidas en grados al este o al oeste del meridiano de Greenwich desplazó otros modos de medir el paso del tiempo, relegándolos a posiciones subordinadas. Esos otros modos incluían los movimientos de la luz a la oscuridad, los ciclos estacionales, los ritmos corporales y los intervalos litúrgicos de fiestas y vigiliias.

La temporalidad premoderna tiene un carácter cíclico, recurrente. Según anota Martín Barbero (1987:99-100), el mercado capitalista y la revolución industrial impusieron un régimen de temporalidad social que ya no era la repetición cíclica: se instauró un tiempo contable, como las mercancías. Con la implantación del reloj se hace posible “la unificación de los tiempos y el mercader descubre el valor del tiempo, lo que da origen a una nueva moral y a una nueva piedad”. Por efecto del industrialismo, la noción cíclica del tiempo es reemplazada por las secuencias temporales del nuevo modo de producción (horarios de trabajo y descanso, calendarios laborales, etc.) que caracterizan la medida social del tiempo en la sociedad burguesa.

### **El desanclaje espacial**

Señala también Martín Barbero que “el dinero y los medios de comunicación son los mecanismos más notorios del ‘desanclaje espacial’, pero también los medios de transporte, derivado del desarrollo de los mercados y de la

obtención de materias primas para la industria; allí adquieren un nuevo sentido los viajes, los itinerarios, la percepción de lo local y lo foráneo, las representaciones que las gentes se hacían del mundo y del transcurrir del tiempo”.

A partir de allí, el modelo “insular” del territorio premoderno visto como condición *sine qua non* para la construcción de las identidades locales, se desmorona frente a las tramas supralocales que se desencadenan a toda velocidad.

... Vamos a intentar un

### **Nuevo zapping: los futuros del pasado**

En un país macrocefálico como el nuestro, donde los trayectos ferroviarios fueron diseñados por los ingleses para que terminaran en el puerto de Buenos Aires y los vagones descargaran la riqueza del interior, en las bodegas de sus barcos depredadores, los espacios pueblerinos sintieron la angustia de sus hijos. No podían imaginar un futuro que no fuera lejos de allí, en Buenos Aires o en el Sur. El tren era casi una invitación perversa a abandonar los espacios nativos y el cobijo de la familia para ir tras la quimera del dinero, del porvenir que da el trabajo y el éxito que algunos conseguían según contaban voces que venían desde esos lejanos paraísos.

Lo cierto es que en busca de un futuro que en sus espacios de origen aparecía como inexistente, miles de jóvenes del interior se colgaron del tren que pasaba por sus pueblos. Y así fue como esos espacios cuyas casas (como en la Edad Media) se designaban por un nombre propio: la casa de don Juan Brizuela, de doña María Castro, de don Roberto Chanampe... se fueron quedando con su gente mayor, adormecida y triste, con el peso de una lejanía que no podían resolver. Y los pueblos que se alineaban a la orilla de las vías y a muchos kilómetros a la redonda, fueron inaugurando una arquitectura de abandono y soledad. Los grandes caserones de adobe en estos pueblos fantasmas muestran todavía en sus puertas principales crespones de luto y candados herrumbrados, que certifican la desaparición de familias enteras que esperaron inútilmente el regreso de sus

hijos triunfadores y ricos desde Buenos Aires o el Sur del país.

Ahora nuestros jóvenes “emigran” a otros cronotopos, lugares virtuales de encuentro (además de la TV) a través de Internet, desde puertos cada vez más al alcance de la mano: al comienzo fueron los puertos en forma de cabina-encierro de los cyber y ahora se agregan los puertos de bolsillo (por ende, móviles) de la telefonía celular que integra entre sus servicios las conexiones con Internet.

Entonces, conviven dos dimensiones cronotópicas: por un lado, en los encierros de lo que Foucault llama “sociedades disciplinarias” que diagraman (aún hoy, pese a pertenecer a los S XVIII y XIX) celdas en las que “el individuo pasa sucesivamente de un circuito cerrado a otro, cada uno con sus leyes (la familia, la escuela, el trabajo) y por otro la libertad virtual que les ofrece el mundo de la conexión globalizada. Entonces, aunque estén en alguno de los “encierros” tradicionales, su mente y sus representaciones operan en otros cronotopos casi permanentemente. Por otra parte, la escuela como celda social donde se deben adquirir conocimientos, respeto a los valores establecidos, construcción de un porvenir, no es un cronotopo elegido mayoritariamente por los jóvenes, quienes asisten al aula pero se reservan el derecho de no estar. Sus representaciones, construidas con los datos de cronotopos distantes, en permanente movimiento, de infinitas combinaciones, según el formato del zapping o de la narrativa no lineal del videoclip, no encuentran ninguna razón para “estar” en un cronotopo de espacios sin interés y tiempos cristalizados. Hoy los jóvenes riojanos que no se incluyen en el sistema educativo ni en el laboral emigran a otros territorios de comportamiento grupal. Son espacios pantanosos, de enorme precariedad y buscan maneras de “estar juntos”. Estas actitudes son vistas por la sociedad “normal” (codificada en términos claramente expulsivos) como aquellos “vagos y mal entretenidos” del Martín Fierro.

Hoy por hoy los jóvenes prefieren fabricar sus propios “encierros” por fuera de las celdas sociales tradicionales. Buscan lugares para estar juntos (la patota, la bailanta, los recitales, el cyber, las plazas). Son espacios culturales no heredados y el

grupo les asigna identificaciones y territorios: vestimenta, calzado, peinados, tatuajes, codificación verbal, liderazgos internos. Sus dominios coinciden con jurisdicciones barriales (al menos así sucede en la ciudad de La Rioja) y se autodenominan con nombres que tienen que ver, a veces con series televisivas (Tumberos, Los Intocables) o con prácticas del grupo (Sogueros, Cinteros). En algunas ocasiones el nombre del grupo describe su relación con la sociedad: Los Insoportables, Los Chicos Malos, Los Borrachos del Tablón.

Según Rossana Reguillo Cruz, “se ha constituido una asociación entre la condición de pobreza y una disposición a la violencia. Entre los “cuerpos pobres” de la juventud se inscribe un imaginario – socialmente construido- vinculado a la delincuencia”.

El resultado de esta visión es la supuesta ingobernabilidad de estos grupos juveniles y la aparición de las políticas de mano dura, de sometimiento por la fuerza (exterminio de niños y jóvenes en Brasil, p. Ej.) o debates legislativos para reducir la edad de inimputabilidad de los delincuentes menores de edad.

Frente a esto, comienza a funcionar la ley de Foucault: “A todo poder se oponen otros poderes”. Entonces los grupos reaccionan con el consumo de drogas o alcohol “como valencia positiva, como prueba de virilidad y desafío”.

Algunos integrantes de estos grupos trasladan sus signos manifiestos de identidad tribal a la escuela. Quieren transformar el espacio-tiempo “encierro” de la escuela en una prolongación de sus propios cronotopos: por eso llevan sus identificaciones grupales al aula: drogas, armas, vestimenta, música. También quieren descargar su agresividad contra la escuela como lugar de reclusión; por eso destruyen artefactos, mobiliario, libros, en actos que la sociedad regulada califica de vandálicos. Por eso crean nuevos lenguajes a través de la risa, el humor, la ironía; “desacralizan las estrategias coercitivas y el orden social que los controla y los excluye” (Reguillo Cruz, R.)

Ahora haremos zapping hacia un canal contiguo.

En este momento de la sintonía se sigue tratando el tema de los encierros.

Dice Gilles Deleuze: "Todos los centros de encierro atraviesan una crisis generalizada: cárcel, hospital, fábrica, escuela, familia... Los ministros competentes anuncian constantemente las necesarias reformas. Reformar la escuela, reformar la industria, reformar el hospital, el ejército, la cárcel; pero todos saben que, a un plazo más o menos largo, estas instituciones están acabadas".

Y aquí aparece la otra palabreja extraña: panóptico. Igual a visión total, control absoluto. El diseño panóptico ha sido considerado como símbolo del poder, consistente en mantener a los individuos inmovilizados en todo momento; no podían moverse porque estaban vigilados.

Esta es, sin duda, una representación que le cabe a algunos diseños del "encierro" escolar. No tanto en la inmovilidad física de la disposición áulica sino en la inmovilidad conceptual a que, a veces, se obliga a los jóvenes. La escuela se erige como fiscal, juez y jurado y dictamina modelos de control para imponer los llamados "valores tradicionales": Dios, la familia, las buenas costumbres, y no advierte que hay una gran cantidad de mediadores, entre ellos, los medios de comunicación, que posibilitan al joven el acceso a distintos mundos posibles. De manera que cometemos un error cuando concebimos al joven como "un ejemplo de libro de texto" (Reguillo Cruz, R.) con un proceso de desarrollo lineal que debe cubrir ciertas etapas y expresar ciertos comportamientos.

Los diseños panópticos idean males a controlar: alcohol, droga, prostitución, homosexualidad, etc. ("hay que proteger a los inocentes y vulnerables jóvenes"). Y a esos fines orientan sus sistemas de control: horarios de cierre de boliches, prohibición de la venta de alcohol, demoras en las comisarías a los menores, etc. El diseño panóptico ha fracasado en todas partes, porque entre otras desventajas, es una estrategia costosa: conquistar el espacio y dominarlo, así como mantener a los residentes en el lugar vigilado, implica una gran variedad de tareas administrativas engorrosas y caras" (Bauman, Z.).

Según sostienen los estudiosos, la etapa actual de la historia de la modernidad es

sobre todo pospanóptica, y su principal técnica de poder es la huida, la capacidad de evitar el encierro.

#### **Otro cambio de canal....**

#### **Segundos afuera....**

Cuando le preguntaron a Yabrán qué era para él el poder, dijo que era tener impunidad. Es decir, poder hacer cosas prohibidas socialmente para todos, sin recibir el castigo que (supuestamente) deben recibir todos por esas acciones. Esta relación de impunidad-poder (o tal vez a la inversa, poder=impunidad), se advierte en muchas vinculaciones en nuestra sociedad. Los menores que delinquen, por ejemplo, están dotados de impunidad porque son inimputables ante la ley y esto les da poder; los altos funcionarios que idean y ejecutan negociados de toda índole, pasean luego su impunidad en lujosas 4 x 4, porque los cubre una invisible armadura de poder...

En la base de la visión liberal de la sociedad está la idea de que los grupos se desarrollan y crecen a partir de que sus integrantes compiten entre sí por el poder y que llegan a él los más aptos, los mejor dotados. El poder da status, da autoridad sobre el otro. El poder produce sumisión aceptada. La figura de "Jefe de algo" (de familia, de una oficina o de un país) supone un grado de poder sobre los otros. El poder es un objeto social a conseguir. ¿Y cuáles son los elementos que dan poder? En la mitología de los países subdesarrollados (o en "vías de desarrollo", como quiere el consabido eufemismo) el poder está en el dinero, la fama, el éxito, la fuerza de las armas, el cargo político, la obsecuencia, la fuerza bruta.

.... Y hablando de fuerza bruta, desde la década del '40 o quizás un poco antes, el tren bajó en los andenes de Retiro a cientos de muchachos de provincia que venían a buscar en Buenos Aires el poder de la gloria y el dinero armados sólo de la fuerza de sus puños. Algunos llegarían a conocer esa especie de videoclip de sensaciones placenteras que dicen que da el poder... otros volverían, oscuros y derrotados, a sus lugares de origen o se perderían para siempre en algún pasillo de villa miseria, o terminarían con el pecho agujereado por las balas policiales o bajo las ruedas de un colectivo mientras vendían ballenitas... Y así llegaron con su

bolsito, en distintas épocas, Pascualito Pérez y Nicolino Locche desde Mendoza; Carlos Monzón, de Santa Fé; Víctor Palma, de Córdoba; el Hormiga Páez y Alfonso Moreno (los que más cerca estuvieron del poder y la gloria entre los riojanos), Atenor Mercedes Santillán, que estuvo cerca y ahora trabaja en la construcción, entre fotografías y recuerdos... José Rufino Narváez, un chango de Pagancillo que también se perdió en las estadísticas de los que nunca consiguieron estar en el podio del poder.

Buenos Aires. Noche del Luna Park. Ruge la tribuna que celebra de antemano el triunfo seguro de su ídolo. Hasta Juan Domingo Perón se contagia del entusiasmo en el ring side.

“A mí se me respeta” había dicho el favorito, mientras se quitaba la bata de seda. Era imbatible y exigía el reconocimiento social, el título de respetable que le daba su status de campeón de la fuerza bruta. Exigía la legitimación del poder que se había ganado entre las cuerdas.

Pero esta pelea era distinta de todas las otras que había librado. Hasta ese momento lo habían enfrentado con hombres de su mismo peso y con dos puños como él; a todos los había tumbado en noches sangrientas y memorables. Esta noche, bajo las luces enceguedoras y el griterío infernal de los fanáticos, tenía enfrente un rival invisible, con miles de puños, ojos inquisidores y un aire de suficiencia casi exasperante. No podía sospechar el luchador que ese ser invisible y monstruoso había estado siempre en el Luna Park esperando la campanada inicial para caer fulminante sobre su pretensión de ganarse el respeto y el reconocimiento de los poderosos de la tribuna y de los que para nada le interesan esas contiendas primitivas y hasta ridículas que ellos ignoran desde sus despachos alfombrados y sus sábanas de seda donde se revuelcan queridas olorosas a perfume francés.

### **Segundos afuera... primer round...**

Escuchemos al presentador oficial: “Señoras y señores... en la última pelea de la noche, se enfrentan... por el Título Argentino del Respeto Social... en el rincón azul, de San Luis, con un peso de 58 kilos 600, José María Gatica, el Mono... y en el rincón rojo, con un peso incalculable,... la

Sociedad Paqueta de Buenos Aires de la década del '50... Segundos afuera... primer round...

Gatica piensa que el respeto hacia la persona deriva de la posición en las escalas del poder (en su caso el poder del éxito y el dinero). No se le ocurre pensar que eso no es suficiente para ubicarse en el podio social de los poderosos. No advierte que el status (el poder) no descenderá para contenerlo y procurarle respeto sino que el desafiante (en términos boxísticos) debe ascender hacia el nuevo nivel, donde se juegan otros parámetros de valoración: no sólo el éxito circunstancial, sino el poder permanente de la prosapia de los apellidos ilustres, el prestigio de los títulos universitarios, el abono en el Teatro Colón o las clases de equitación en San Isidro.

Gatica no logra el respeto en forma “natural”; debe exigirlo de los otros, haciendo tácita referencia a su posesión actual de parte del poder. Para ello adopta todos los estereotipos de la franja social a la que desea acceder y por la que quiere ser “oficialmente” reconocido: ropa de nuevo rico (casi caricaturesca), exhibicionismo de dinero, mujeres, fiestas, actitudes payasescas... Sin embargo, no logra ser aceptado por los propietarios históricos del status que lo ven como un advenedizo, un arribista, un Mono que imita actitudes que en él resultan ridículas. ¡Quién es José María Gatica, para pretender el título del Respeto y la inclusión en el círculo de los que tienen el poder?. Su único poder está en el encierro brutal de los cuadriláteros y en la potencia de sus puños... Sólo ese poder puede perder verdaderamente (y lo pierde con Ike Williams). El otro, el del status del nuevo rico, no puede perderlo porque nunca lo tuvo... Por eso pierde el primer round... Se apagan las luces del Luna Park. Desde alguna ignota terminal de Buenos Aires parte un colectivo cuyas ruedas se mancharán con sangre.

### **Zapping hacia los consumos juveniles**

Recuerdo que en la década del '50 llegó a la ciudad de La Rioja la película “Rebelde sin causa”, protagonizada por James Dean, un joven que operaba como símbolo de la juventud transgresora de EEUU. Ninguno de los que la vimos por aquellos años recordamos ni siquiera el argumento, ni en

aquella época nos contagiarnos de sus actitudes de rebeldía. La historia transcurría en un campus universitario y sus juegos de disputa por el poder los hacían en automóvil, ambas cosas muy alejadas de nuestras estructuras educativas y niveles adquisitivos... Lo que causó revuelo (aprovechado en el acto por un avisado propietario de tienda de ropa) fue la remera amarilla que usaba el protagonista. Todos los jóvenes del secundario nos hicimos de una, para sentirnos identificados con James Dean, a despecho de sus cabellos rubios y sus ojos azules y la realidad ingobernable de nuestros cuerpos morenos y nuestro ojos con un más o menos lejano brillo diaguíta.

Según Adolfo Colombré, en lo que él denomina la "teoría del cuerpo", habla de las pieles del hombre: la piel natural, la indumentaria, la piel de los disfraces para esconder o adoptar identidades. Sobre esos cuerpos y esas pieles se aplican distintas formas de violencia simbólica, buscando identidad exterior, como en el caso de los tatuajes; acomodación a los modelos estéticos del cuerpo impuestos por la cultura dominante, como los modelos escuálidos del modelo barbie; identificaciones de grupos reales o virtuales: aritos, pulseras o gorritos, pantalones artificialmente rotos, peinados, etc.

Martín Barbero sostiene que el cuerpo juvenil es una nueva deidad de consumo, que tiene en sus altares ropa, calzados, alimentos, discos, videos, aparatos electrónicos, revistas, etc., que la industria globalizada ofrece no sólo como productos sino como "estilos de vida". El acceso a esos bienes es sentido como un signo de identidad.

Un ejemplo al pasar: las zapatillas Nike (para tenis) son fabricadas por una industria globalizada que en 1997 vendió casi 60 billones de dólares. Se ha convertido, en los sectores populares, en marca de poder; en Méjico, en Colombia, y aún en la Argentina matan para apoderarse de esas zapatillas y las manchan con la sangre de las víctimas para hacerse de la energía del muerto. (Reguillo Cruz, R.). En un gesto primitivo claramente ritual. En Puerto Rico estas zapatillas operan como código distintivo de los jóvenes dedicados al tráfico de drogas. O sea, que hay una búsqueda de identidad a partir de actitudes

y objetos, con una mentalidad indudablemente fetichista. Y desde esa actitud derivan las selecciones de apariencias identificatorias frente al otro; nacen de esta forma las estéticas punk, deportivas, neohippie, rapera, metalera, etc., para reconocer los iguales y distinguirse de los otros.

Zapping

### **El amor en los tiempos del chat**

Clase de Literatura en algún lugar real... El profesor lee un pasaje de la leyenda "Los ojos verdes" de Bécquer. Su voz está teñida de una extraña modulación entre contenida y nostálgica: ... "Ella era hermosa, hermosa y pálida, como una estatua de alabastro. Uno de sus rizos caía sobre sus hombros, deslizándose entre los pliegues del velo, como un rayo de sol que atraviesa las nubes y en el cerco de sus pestañas rubias brillaban sus pupilas, como dos esmeraldas sujetas en una joya de oro".

Mientras el profesor avanzaba en su lectura en el aula se tejía y destejía una intrincada red de mensajes de texto, que iban y venían desde las minúsculas centrales de los celulares: "tomate el palo, eso no se usa desde la época de Los Gatos", "venite esta noche", "qué onda retro, vieja!", "sí, está leyendo no sé qué pelotudez", "las del Che son de algodón"...

El profe termina la lectura y ve que los alumnos maniobran sus celulares puestos en los pupitres. El cierra el libro, acomoda unos papeles que ha traído, mira la hora. Unos segundos después suena el timbre.

### **Zapping**

Otra clase de Literatura en algún lugar que tal vez no existe todavía...

El profesor lee un pasaje de un cuento de Juan Rulfo, del libro "El llano en llamas". Se trata de un niño sentado junto a una alcantarilla aguardando que salgan las ranas, para matarlas con un palo y tener comida para ese día... "Las ranas son buenas para hacer de comer con ellas", dice el niño. "Los sapos no se comen; pero yo me los he comido también, aunque no se coman, y saben igual que las ranas"; la red de celulares ha sido recogida y los jóvenes escuchan la lectura de la historia en absoluto silencio. "Llamame después", dice el último mensaje de texto en el aula.

Cuando el profe concluye, una joven pregunta si es verdad que en Méjico se comen los sapos o si todo es imaginación del autor. "No sólo en Méjico", le contesta un compañero... "Y no sólo sapos", dice otro, ¿te acordás que en Santa Fé se comían los gatos? "y en Brasil, que se comían los... deshechos hospitalarios?", acota el profesor. "Entonces, -insiste la joven de la primera pregunta- los cuentos son ciertos?-

El profe medita un instante y cuando se dispone a contestar, suena el timbre... "La próxima clase voy a intentar responder esa pregunta", les dice.

Pareciera que en cuanto a la enseñanza de la Literatura, los jóvenes se desentienden rápidamente en cuanto los docentes caemos en los cronotopos de la nostalgia, cuando nuestras lecturas en el aula reconstruyen situaciones y vivencias del amor romántico a la manera de María, de Jorge Isaac, o las travesuras infantiles de los estudiantes del viejo Colegio Nacional, narradas por Miguel Cané narradas en Juvenilia... los chicos no pueden imaginarse la princesa triste de Rubén Darío, como la amada inmóvil de A. Nervo y nosotros no queremos aceptar que las oscuras golondrinas de Bécquer volaron para no regresar nunca y que se quemaron a la luz de la luna las sombras enamoradas de José Asunción Silva.

Porque ahora los jóvenes se ponen de novios (o "amigovios", qué antigüedad, o acuerdan encuentros) a través de mensajes de texto de sus celulares o en el encierro de los boliches. Tienen otro concepto del amor que ya no es para nada la enajenación del Yo de la literatura romántica, sino la afirmación de la identidad a través de la conquista que da status en el grupo y, por ende, proporciona poder sobre el otro.

Por otra parte, la realidad les duele a los jóvenes "por los treinta y dos costados del alma", como diría Miguel Hernández. Hay muchísimas cosas que no entienden de las codificaciones culturales que les imponen y eso los hace buscar otros lugares de encuentro, muy lejos de la escuela.

Si la Literatura fuese en general (no sólo en el teatro como querían los griegos) catarsis, purificación producida en el lector por acción del discurso literario o identificación

con personajes y situaciones de la ficción, tendríamos que darles a leer o mejor leer en clase El Proceso, de Kafka, por ejemplo, porque quizás coincide con lo que ellos ven en la sociedad actual donde la Justicia aparece como algo absolutamente arbitrario, absurdo, corrupto.....

La identidad inexistente en la visión de A. Dolina (Bar del Infierno). Podríamos probar con "La casa de los espíritus", porque el golpe militar de Pinochet que allí se narra es casi un paradigma de todos los golpes de Estado de Latinoamérica....y entonces los jóvenes entenderían las causas del desempleo y la marginación, la exclusión del sistema y la despiadada distribución del PBI, que ordenan la recetas del FMI. No estaría mal, en una de esas, leer con ellos "Santa Evita", de Tomás Eloy Martínez, para que empezarán a resignificar los grandes mitos de la sociedad desvalida de la Argentina de las décadas del '40 y del '50 y su pervivencia en nuestros días (la pobreza y el mito).

Pienso que les interesaría que leyéramos "La fiesta del chivo" de Vargas Llosa, para entender el grado de descomposición moral, de impunidad, de los dictadores de América Latina; descomposición cuya fetidez llega hasta nuestros días y contagia a jueces, ministros, presidentes, concejales... Así parecería más claro para los jóvenes su lugar en el mundo... qué esperamos los mayores de ellos, cuál es el país virtual, utópico, que ellos quizás imaginan pero no dicen... y nosotros necesitamos que construyan...

Ultimo zapping...

Antología poética de Mario Benedetti

“¿Qué les queda por probar a los jóvenes  
en este mundo de paciencia y asco?  
¿sólo graffiti? ¿rock? ¿escepticismo?  
También les queda no decir amén  
No dejar que les maten el amor  
Recuperar el habla y la utopía  
Ser jóvenes sin prisa y con memoria  
Situarse en una historia que es la  
suya  
No convertirse en viejos prematuros

.....  
.  
¿Qué les queda por probar a los jóvenes  
en este mundo de rutina y ruina?

¿cocaína? ¿cerveza? ¿barras  
bravas?

.....

también les queda tender manos que  
ayudan  
abrir puertas, entre el corazón propio  
y el ajeno  
sobre todo les queda hacer futuro  
a pesar de los ruines del pasado  
y los sabios granujas del presente.”